

Solemnidad de la Santísima Trinidad (31-05-26)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas, queridos sacerdotes que han venido para peregrinar junto a las reliquias de Santo Toribio de Mogrovejo, que hace siglos nos dio el testimonio de Jesús en nuestra historia, para que siga peregrinando por las parroquias junto con nuestro pueblo que lo acoge y se alegra en él.

Hermanos y hermanas, hoy es día de la Santísima Trinidad. Es interesante que nuestro Dios, a diferencia de lo que todos los seres humanos creamos en nuestras distintas culturas acerca de Dios, la experiencia cristiana es la única experiencia religiosa en la cual se manifiesta que Dios no es una sola persona, sino tres. Y, por lo tanto, es una comunidad y, entonces una familia. Y todo nuestro ser, nuestra vida, está basada en esa imagen.

Somos personas que se relacionan y que viven dependientemente la una con la otra. Somos una familia humana que, según los estudios evolutivos, nace después de un proceso grande de creación y de evolución. Lo más importante es que Dios a todo eso le llama “mundo”, sobre todo, “humanidad”. Y hoy día el Evangelio (Juan 3, 16-18) nos dice: *«Amó tanto Dios al mundo que entregó a su Hijo para que todo el que crea en Él tenga vida»*.

Estas palabras son muy profundas porque nos muestran que Dios, siendo Trinidad y siendo una familia, es amor. Amor fluido, permanente, constante, irreversible. Y el fundamento de nuestra existencia, que nosotros tenemos para ofrecer como cristianos a todo el mundo, es aprender a creer en ese Dios para ser también una familia humana que va adelante, que supera las dificultades, que se hermana, que se ayuda. Cosa que evidentemente nos es difícil porque todos tenemos

también los límites humanos, en donde podemos decir: «Esta persona no me cae bien, esto se hizo mal, no puede ser, qué sé yo», pero los decimos no para destruirnos unos a otros, sino para aprender a solucionar los problemas juntos.

Dios nos inspira a ser más humanos, profundamente humanos. Y, por eso, el amor de Dios, mostrado sobre todo en Jesús, que, al entregar su vida, estar con nosotros y, finalmente, ser matado en la cruz, desde la cruz, perdona a la humanidad y llama a todos a amar como Él nos ha amado.

Este camino, este signo dejado definitivamente por Jesús para mostrar quién es Dios, tiene una importancia radical en todas las circunstancias de la vida. Y, hoy día, especialmente, cuando nos referimos a la situación humana, encontramos muchas dificultades porque hay muchos egoísmos. Y, en especial, en estos días, el Santo Padre nos ha regalado su primera carta encíclica, que se llama «Magnífica Humanitas», o sea, «Magnífica Humanidad».

¿Por qué le llama así? Porque Dios ha creado una humanidad que es excelente, que tiene maravillas muy grandes, que puede desarrollarlas; pero esa magnífica humanidad reside y está fundada en el amor gratuito de Dios, en un amor que nos hace ver que, cuando en todas las religiones se piensa que Dios ama pero también odia – inclusive, en el hebraísmo se pensaba así – entonces, vivimos una crisis porque en realidad, en esas maneras de pensar, no somos amados en forma absoluta y total.

Ahora, por ejemplo, tenemos a unos maravillosos esposos y padres que 75 años han estado juntos e matrimonio. Imagínense que les hayan dicho a sus hijos: «Sí, yo los amo, pero también los odio». Nos sentiríamos muy mal, ¿no es cierto? Y ustedes nunca han hecho eso. La mamá Matilde lo sabe, ¿no? Han cuidado a sus hijos, los han acompañado, y por más que a veces les de rabia algunas travesuras que

hacemos nos corrigen y nos llevan adelante, pero nunca muestran odio por nosotros. El verdadero padre es así, la verdadera madre es así. Y Dios es nuestro Padre y nuestra madre también.

Hoy día, esto es muy importante porque esta encíclica ha sido escrita para contrarrestar una cosa que se está instituyendo en el mundo y que es preciso corregir. El mundo ha crecido tecnológicamente tanto, con tanta maravilla, inclusive, tecnológica, que una de las últimas maravillas tecnológicas, que se llama “inteligencia artificial”, está siendo usada para un proceso manipulador que puede terminar en la destrucción de la humanidad porque algún grupo que la ha monopolizado pretende erigirse en “dios” sobre todos nosotros.

Las últimas actitudes que hemos visto en el mundo, esas actitudes guerreristas, arrogantes, de invasiones, de imposición de impuestos, de desprecio por pueblos enteros, es el mal germen que está mostrando que lo que se viene es la arrogancia de los poderosos que pretenden hacer lo que quieran con la humanidad.

Ya tuvimos un precedente gravísimo antes de la Segunda Guerra Mundial, y por la cual existió la Segunda Guerra Mundial, porque justamente había gente que acusaba a un sector de la humanidad de ser la causa de todos los problemas.

Hoy día estos poderes dicen que la causa de todos los problemas es la cantidad de gente pobre que hay. Y, por lo tanto, en vez de hermanarse y ayudar a solucionar sus problemas y compartir lo que tienen, afirman “hay que eliminarla”.

¿Y cómo se elimina? Primero, tonteándola. Todos tenemos el celular, todos estamos distraídos, todos estamos “online”, pero, también, todos estamos como idiotas, sin saber a dónde

estamos yendo. Está agotándose el sentido crítico, la capacidad de ver dónde están los problemas veedaderos, el tiempo para pensar, el tiempo para conversar, el tiempo para tratarnos humanamente.

¿Qué ha hecho la Iglesia en todo este tiempo? Insistir en que **es signo de unidad entre los hombres y mujeres del mundo**. Signo de unidad significa signo de conversación. Por eso, el tema de la sinodalidad en la Iglesia. “Sinodalidad” significa “caminar juntos”, construyendo la Iglesia y con participación de todos.

¿Se acuerdan de que hemos repetido esa frase que es muy bonita, la del Papa Francisco, ¿no? **Todos somos importantes, ¡todos!** Y otra cosa es que uno tenga un cargo, una responsabilidad o un lugar, o haya ganado más, pero no le da derecho a destruir las relaciones que Dios ha creado. Todos seguimos siendo personas que miramos para adelante, que tenemos brazos para abrazar y una boca para conversar y un oído para escuchar. Y el clamor más grande de ustedes en la II Asamblea Sinodal Arquidiocesana ha sido una Iglesia de Lima que escuche y que comprenda a su pueblo.

Y eso también es un llamado a todos los que estamos en situación de dirigir, y también para los gobernantes presentes y futuros. Éticamente nos une la moral, el sentido de la humanidad, el bien comun, y tenemos que respetarlo y obedecerlo, sea de la línea política que sea. Y la Iglesia lo único que hace es recordar que lo humano es central. No podemos jamás olvidar nuestra humanidad, esa humanidad que revela la dignidad de la persona humana y, especialmente, la de los que más sufren, porque los que más sufren nos interpelan a los que sufrimos menos de que algo tenemos que compartir para levantar y animar a aquel que está en dificultad.

Pues resulta que hay un grupete de siete mil multimillonarios que está planeando apoderarse del mundo, repartírselo y matar a media humanidad si es necesario. O, para hacer algo más útil a su línea de destrucción, utilizarla como material genético. De todo eso nos habla el Papa León XIV en ese texto. Lo hace con delicadeza, con ejemplos, introduciendo inclusive un comentario de El Señor de los Anillos; hay comentarios a ciertas partes de la Biblia, que es muy bonito porque así, entonces, el Papa no quiere enfrentarse a estas personas, sino llamarlas a recapacitar, porque se dirige a todos los humanos como humanos.

El papa León XIV está tratando de despertar también a esas personas que creen que, porque tienen dinero y hacen lo que quieren con la tecnología, pueden apoderarse de nuestra humanidad. Las quiere llamar también a recapacitar, a tener en cuenta que no se puede seguir haciendo así. Y tenemos que hacer lo posible para que esa inteligencia artificial se desarme, es decir, no sirva para controlar las guerras y desarrollarlas en todo el mundo y así tener “ganadores” y “perdedores”.

Estamos en un momento álgido de la humanidad, y estas cosas que han ocurrido en nuestro país en el último tiempo tienen que ver con eso. Nadie en el pasado era capaz de decir que si se mataban a cuarenta personas estaba “bien hecho” porque son “unos terroristas”. Eso ya es una frase que pertenece a quien cree que hay gente que sobra.

Y, por eso, nosotros tenemos que remitirnos a lo que nos dice el Señor hoy día: «*Amó tanto Dios al mundo*». Amó, no odió al mundo. No es un Dios que, por estar llenando plenamente el mundo porque Él lo ha creado y lo penetra y lo llama a vivir como Él, entonces, nos odia o nos detesta. ***Dios es amor y solamente es amor, y no otra cosa.*** Y, por lo tanto, por esa razón, le deja al ser humano libre si quiere creer en Cristo o no. «*El que cree en Él no será juzgado; el*

que no cree ya está juzgado». Es decir, él mismo se está juzgando, se autoexcluye.

¿Qué está haciendo el Papa con esta encíclica? A todos los que se están autoexcluyendo los está llamando: aprendan a no autoexcluirse ni creerse dioses. Por esa razón, este es un día para alegrarnos porque, si el fundamento nuestro es la Trinidad, y en esa Trinidad uno de ellos se anonadó por nosotros, estemos dispuestos a hacerlo como muchas veces lo hacemos los humanos, sobre todo las mamás, cuando se anonadan por nosotros, ¿no es cierto? Y se “quemán”, a veces en la vida, papás y mamás, para poder hacer que sus hijos vayan adelante.

El amor no acaba nunca. Y, por eso, la humanidad tiene esperanza. Y gracias a ese texto también el Perú tiene esperanza, porque el papa peruano está diciéndole al mundo: solo una cosa nos falta, dejarnos amar y amar de acuerdo con Aquel que nos ama.

Y, hoy día, vamos a pedirle al Señor que aquella familia que se fundó hace 75 años, declare hoy día nuevamente su amor y, a través de ellos, renovemos todos nuestro sentido de amar. Y si llegamos a casa, pues renovemos ese amor con las parejas que tienen, y los que somos célibes, la renovación de nuestra promesa de matrimonio con el Señor para toda la vida.

Así que les pido ahorita que Matilde y Rodolfo vengán un ratito con sus hijos para bendecirlos y preguntarles acerca de su decisión de hace 75 años.

Palabras durante bendición de Bodas de brillante

Matilde y Rodolfo, han venido después de 75 años ante la Iglesia para rafirmar su lazo de amor. Dios los bendice y ora por ustedes, y la Iglesia les agradece por ser un signo de vida, de alegría y de esperanza para la humanidad.

Les agradecemos enormemente porque, en el día de la Trinidad, ustedes son reflejo del fundamento que nos ha creado y que nos hace vivir con alegría. Que todos siempre seamos trinitarios en Dios y seamos siempre hermanos y amigos como esta preciosa familia.